

Montevideo, lunes 16 de junio de 1958

FUMOS AL TEATRO

Por
A. R.

La piel de los otros

MONTEVIDEO, 1937

Lo más positivo de la obra de J. C. Legido, lo que explica la atención con que se la sigue, es su búsqueda de un ambiente realista de la clase media, su afán de trazar psicologías en torno a la toma de posición sobre un problema importante, su interés creciente por una expresión que conservando una tónica popular sea al mismo tiempo jerarquizada. Ello es también lo que ha tratado de subrayar Jebele Sand en su primer trabajo de dirección.

Comenzó por establecer un contorno verosímil para la acción, disponiendo de un buen escenario realista que firma Eduardo Prous; un espacio, quizás demasiado amplio, que es el lugar donde vive una familia, evocando con su modesta pobreza, sus degastes, sus pretensiones burguesas. Una utilería vigilada y atenta a la reconstrucción 1937 que reclama la obra.

Dentro de ese ambiente se preocupó porque los actores se sujetaran a una tónica realista menor, sin incurrir en ningún exceso melodramático y prefiriendo la opacidad antes que el brillo. Es así que consiguió una coherencia en la actuación, más difícil que por la presencia de varios actores enteramente noveles, que salvó los escollos más peligrosos de la puesta en escena, pero careció de ritmo claro y fue muchas veces desmayada y lenta. Sobre todo el primer acto mostró una tendencia a detallar la acción y los movimientos con mengua del empaste general. El segundo acto en cambio contó con el buen recurso efectista de la piana que se pone en marcha al final y sobre todo el diálogo de los italianos borrachos que avivó la marcha de la pieza.

La actuación de los intérpretes resultó despareja en un grado que aumentó la importancia de algunos personajes en desmedro de otros, desfigurando las jerarquías interiores de la pieza. González Santurio, que es ya un acto de recursos y cuyo trabajo resulta siempre veraz y honesto, dió una importancia casi excesiva a su personaje en relación con el que corresponde a su padre, porque la interpretación que de este hizo Esteban Mandiá resultó lenta en exceso, muy poco matizada, hasta impresionar como una figura secundaria. Marisa Paz hizo con soltura su italiana, se olvidó varias veces del acento extranjero con que impostó el personaje al comienzo, pero mostró simpatía y su expresión intensa levantó varias veces las situaciones desleídas.

El Vernengo de Ricardo Márquez era un personaje difícil, ya que el autor descarga sobre él toda la infamia, lo ridiculiza y no le confiere la menor indulgencia. Está trazado como un villano de "western", y sus frases tienden al establecimiento de la "macchieta". Márquez atemperó estos excesos, haciéndolo más tolerable, y le concedió una esquivo simpatía. Renee Azar, en cambio, pareció descolocada en un personaje episódico que no proporciona mucha ayuda al actor.

El resto disimuló con bastante convicción la inexperiencia o las debilidades del texto en sus partes retóricas: puede recordarse una primera escena de Zitarrosa, y sobre todo debe subrayarse la efectiva y vivaz composición de Ricardo Moreno en su italiano vociferante.

La iluminación del espectáculo resultó muy pobre. No sólo por falta de implementos técnicos, sino además por no haberse ingeniado más claramente en enriquecerla desde ese ángulo, tan necesario en una evocación de realismo sensible.

Digamos por último que si bien Legido no se ha liberado aún de "esa tortuosidad de tipo intelectual que aleja de lo que la vida tiene de natural y sencillo", como él mismo dice, es evidente aquí que comprende cuál es la dirección de su camino y que está dispuesto a recorrerlo con tesón.